

PERFIL BIOGRAFICO DEL SR. DR. DON MIGUEL F. JIMENEZ.

FOR EL DR. L. TROCONIS ALCALA

ENTRE los ilustres fundadores de la Academia Nacional de Medicina de México y también en el profesorado de la Facultad de Medicina y en el Cuerpo Médico Mexicano sobresale la egregia personalidad de don Miguel Francisco Jiménez como la más grande, la más conspicua, la más augusta y radiosa de todas las que han contribuido con su ciencia a enaltecer el nombre de nuestra amada patria.

Este hombre eminente nació en Amozoc, Puebla, el 10 de Octubre de 1813. Hijo legítimo y de legítimo matrimonio del Sr. don Vicente Jiménez Valiente y de su esposa la Sra. Doña María Teresa García, españoles radicados en dicho pueblo. Cuando contaba apenas un día de haber venido al mundo, recibió en la Iglesia parroquial de la citada población las aguas lustrales del bautismo, de manos del Sr. don Pedro José de la Sierra, Teniente de Cura, quien al ponerle el Crisma, le impuso asimismo los nombres de José, Miguel, Francisco de la Luz. Fueron sus padrinos don Manuel Serrano y Doña María Manuela Santiestevan, vecinos de aquel pueblo; todo según lo reza la partida original del bautismo. (1)

Los primeros años de su vida nada ofrecen de notable sino el empeño del Sr. su padre por procurarle una educación que correspondiese a la precoz y despejada inteligencia de que dió evidentes muestras desde su más tierna edad. No prestándose los recursos de la población a satisfacer tan justa pretensión de su padre, éste se encargó por sí mismo de ésta tarea, robando no poco tiempo al que tenía que consagrar a su descanso y a sus medios de subsistencia. Concluida su instrucción primaria se presentaron algunas dificultades para que Jiménez pudiese comenzar su carrera profesional, hasta que en 1830, después de la muerte de su digno padre, pudo comenzar el estudio del idioma latino, primero en Taxco, con

el apoyo y al lado de su hermano mayor, eminente jurisconsulto, luego en Toluca, y por último en México. A pesar de estos frecuentes cambios de escuela y de profesor a que se vió obligado por exigirlo así las ocupaciones profesionales de su hermano José María, quién en aquella época era su único sostén, nuestro futuro profesor se distinguía en todas partes por su notorio aprovechamiento: por último, al lado del profesor Cobos concluyó en México sus estudios de latinidad, en cuyo idioma adquirió una instrucción poco común, según tuvo ocasión de demostrarlo en el brillante examen que sustentó en el Seminario Conciliar de esta capital, para poder ser admitido en éi a cursar filosofía. En octubre de 1831 comenzó en efecto el curso de artes, y en cada uno de los tres años, que conforme a los institutos debían durar esos estudios, sustentó los primeros actos públicos de las materias correspondientes, captándose siempre el aprecio de sus maestros por su constante aplicación y notable aprovechamiento». (2)

En 1834 pasó a estudiar Medicina al «Establecimiento de Ciencias Médicas», plantel que juntamente con otros destinados al estudio de otras diversas ciencias había sido creado por el plan de 1833, y de todos los cuales era el único que había sobrevivido a pesar de la inicua y desenfrenada oposición que se había levantado en su contra para destruirlo. De esta escuela, que fué punto de mira de la maledicencia pública, contra la cual habían esgrimido el arma de la calumnia las almas ruines enemigas del progreso, llamándola centro de *vicios*, de *escándalo* y de *prostitución*, de esta *inmunda cloaca* fué de donde vino a surgir la radiosa figura del insigne maestro, uno de los primeros frutos de aquel plantel, «que no pudo sobrenadar en medio del inmenso vórtice de retroceso que se tragó a todos los otros, sino luchando con la absoluta carencia de recursos pecuniarios, con la falta muchas veces hasta de local en que poder dar las lecciones, y con todo linaje de calumnias.» (3)

En toda la carrera de sus estudios «se distinguió siempre Jiménez por su ardor y su constancia, habiendo obtenido los mejores puestos y las más honrosas distinciones, y apenas había abandonado los bancos de la Escuela, en la que había dejado una estela luminosa, cuando fué llamado a suplir una de esas perseguidas clases prácticas por las cuales siempre se le conoció una decidida predilección,» (4)

En los días 12 y 13 de septiembre de 1838 sustentó sus exámenes teórico y práctico para obtener el título de Médico-Cirujano, habiendo sido aprobado por unanimidad de votos, no sin haber solicitado previamente tres de sus sinodales que la votación fuese por aclamación, declarando su aprobación por lo bien que desempeñó sus exámenes. Fueron sus sinodales los D. D. Gracida, Ballesteros, Becerril, Martínez y Bustillos. Los actos se verificaron las tardes de los días señalados y en la casa del presidente de

la Facultad. Antes de la verificación de dichos actos, el día 10 del referido mes y año, después de haber comprobado con su respectiva certificación que era alumno cumplido del «Establecimiento de Ciencias Médicas,» abrió puntos para ser examinado en ambas facultades y de las materias que le señaló la suerte, eligió para su exposición la de *Lesiones de continuidad en general*. Así consta en el acta respectiva, que aparece fechada en 13 de septiembre de 1838 y autorizada por el Secretario Terán, en un libro que encierra todas las de exámenes de la Facultad de Medicina, que existe en el archivo del Departamento de Salubridad Pública, donde fué descubierta por el Sr. Dr. don Everardo Landa. En ese documento se encuentra asimismo la anotación siguiente: «Recibí mi título hoy 24 de sept. 38.—Miguel F. Jiménez.» (5)

Mes y medio después de haber obtenido el título de Médico-Cirujano, «era nombrado adjunto de la Escuela, a propuesta unánime de los profesores que acababan de ser sus maestros.» (6)

En diciembre de ese mismo año de 1838 pasó a desempeñar interinamente la clase de anatomía, en la que se distinguió por el maravilloso acierto con que supo despachar el ejercicio de sus funciones, en tanto duró la ausencia del catedrático propietario. (7)

Por virtud de tan singular acierto, «cuando en 1841 se creó la plaza de Prosector de Anatomía, todas las miradas se fijaron en él y fué propuesto por unanimidad para desempeñar dicho cargo, habiéndolo hecho a satisfacción de todos y muy particularmente del exigentísimo cuanto entendido catedrático don Manuel Andrade. Pero antes de obtener esta plaza en propiedad, ya había servido como sustituto del distinguido profesor Villa la clase de Patología interna, desde julio de 1839, habiendo permanecido casi continuamente en dicho puesto hasta que entró a desempeñar las labores de Prosector.» (8)

En 1845, por la opinión unánime de la Junta de catedráticos, que se dejó sentir como el eco de la Escuela entera, se designó a Jiménez para sustituir al profesor de Clínica interna, cuyas frecuentes indisposiciones le habían venido impidiendo atender debidamente las obligaciones que le imponía el despacho de clase tan importante. (9)

«Desde entonces data la Era de la espléndida trayectoria de nuestro insigne profesor y de nuestro inolvidable maestro,» exclamaba con verdadera elocuencia el Sr. don Gabino Barrera. «Allí era donde lo llamaba su vocación,» continuaba diciendo ese otro insigne maestro: «allí era donde su incansable laboriosidad, su inmensa y sólida instrucción, su singular penetración, adunada a una admirable rectitud de juicio, y, por último, su ardiente amor a la ciencia y su perfecta y cabal sinceridad y buena fé, que no le permitían jamás ocultar un error, descubriendo él mismo, con una

lealtad ejemplar, los que la impericia de los discípulos habría podido dejar ignorados, sacando así igual, y, aún a veces, mayor provecho, para la instrucción de sus rarísimos errores, como de sus frecuentes aciertos: allí, en el campo de la clínica, a la cabecera de los enfermos, y brazo a brazo con las dificultades del arte, era a donde sus brillantes dotes, entre las que descollaba cual gigantesco eucalipto un severo método de investigación y de apreciación, a la vez que una amplitud de miras, y una fecundidad de concepciones para enlazar los fenómenos que la observación le hacía descubrir, y que más incongruentes podían parecer; allí era, repito, en donde esas brillantes dotes debían encontrar un basto campo de aplicaciones, asegurándole una corona de inmarcesible gloria, y de eterna gratitud y admiración de cuantos tuvimos la honrosa satisfacción de tenerlo por guía, de llamarlo Maestro.» (10)

En diciembre de 1849 se inscribió como candidato en el concurso que acababa de abrirse en la Escuela de Medicina, para proveer la cátedra de Patología interna y, como era de esperarse, obtuvo en esta oposición y por una votación *nemine discrepante*, la referida clase de Patología interna. (11)

«Muy poco tiempo después, una permuta hecha con el profesor de Clínica interna, le permitió volver a ocupar el puesto a donde había prestado ya tan eminentes servicios y a donde su inclinación y sus excepcionales aptitudes le llamaban.» (12)

En dicho puesto «permaneció Jiménez hasta principios de 1876, salvo una interrupción de meses, en que fué substituido por Francisco Bracetti, su adjunto por oposición.» (13)

Pero ya se acercaba la hora del desastre; muy pronto se iba a cumplir el término de aquella preciosa existencia. La vigorosa constitución del Maestro, minado su organismo por grave e irreparable dolencia, había venido en decaimiento y acentuándose cada día más los efectos de tan terrible mal, hubo de sucumbir al fin en esta ciudad de México el 2 de abril de 1876.

La Academia de Medicina de México, de la cual era esclarecido fundador y varias veces había sido su Presidente; la Escuela de Medicina, en la cual se había formado y a la que había servido con tan grande solicitud, con un patriotismo tan ardiente y con tanto celo y diligencia, enaltecíendola en sumo grado; los hospitales de la ciudad y todas las Sociedades Científicas existentes en la Capital se apresuraron a significar su condolencia por tan irreparable pérdida y sus representantes se congregaron en el edificio de la Escuela de Medicina, donde fue depositado el cadáver, desde el día 4, para honrar dignamente la memoria del ilustre clínico. Se fijó la fecha de los funerales para el día 8 del citado mes de abril, y la Academia de Medicina nombró a su Vicepresidente, el Sr. Dr. don José María Reyes, uno de los

primeros y más antiguos discípulos de tan insigne maestro, para que llevara la palabra a su nombre en aquella luctuosa ceremonia, que había de celebrarse en el salón general de la Escuela, e igualmente designó para representarla en tal solemnidad a los socios de la Sección de Patología General e Interna y Clínica Interna, Sres. Barrera, Caréaga, Galán, Hinojosa, Labastida, Larrea y Núñez, y en la misma sesión del 5 de abril del propio año, en la cual se habían tomado estos acuerdos, la Academia tuvo a bien nombrar al Sr. don Rafael Lucio, para substituir al Sr. Jiménez, como presidente de la mencionada Sección. (14)

A las dos de la tarde del expresado día 8, una numerosa concurrencia, compuesta de lo más escogido de nuestra sociedad, llenaba el salón de la Escuela.

El duelo era presidido por el Sr. don José María Iglesias, acompañado de los profesores de la Escuela.

Concluido el acto, los alumnos de la Facultad tomaron en hombros el cadáver y organizada la comitiva fúnebre se dirigió por las calles de los Sepulcros de Santo Domingo, Santa Catarina, y las demás, hasta Santa Ana; allí fué colocado el ataúd en el carro; el cortejo ocupó los carruajes, encaminándose a la ciudad de Guadalupe Hidalgo, en el Panteón de la cual se verificó la inhumación. (15)

En esa humilde necrópolis, dice el Dr. Landa, permanecieron los restos del ilustre médico hasta el día 22 de febrero de 1907, en que fueron exhumados por acuerdo de la Academia N. de Medicina. El 2 de marzo del mismo año, a las 10 de la mañana, presentes los deudos supervivientes del difunto, el Cura Párroco de la Iglesia de la Santa Veracruz, en cuya capilla de San Francisco Javier habían sido depositados esos restos, después de haber sido exhumados; estando también presentes los Sres. Dres. don Eduardo Licéaga, don Jesús González Vásquez y don Jesús E. Monjarás, fueron reinhumadas nuevamente las preciadas cenizas del sabio mexicano en la ya dicha capilla de San Francisco Javier. (16)

No voy a seguir al Sr. Dr. Barrera, de cuyo famoso Discurso que bien merece ser conceptuado como un verdadero Elogio y el cual fué leído en los funerales de Jiménez; he venido entresacando muchas de las noticias que preceden; no voy a seguir, repito, al ilustre profesor de Patología General en sus lucubraciones filosóficas de verdadera crítica, juzgando la obra de Jiménez, porque eso me alejaría demasiado del propósito de querer perfilar tan solamente, por decirlo así, la silueta biográfica del eminente clínico. Del conceptuoso y elevado discurso de Barrera han sido tomados textualmente todos los rasgos más salientes de la gloriosa vida de Jiménez y a ellos voy a agregar únicamente los que se refieren a sus grandes cualidades morales y afectivas, a sus virtudes prácticas que, como bien dijo Ba-

rreda, formarían el remate de su gloria; añadiré asimismo los que sirvan para trazar la gallarda y severa fisonomía del maestro, valiéndome al efecto de todo lo que ha consignado en memorable documento el Sr. Dr. don Eduardo Licéaga, uno de sus más aprovechados discípulos y del cual muy bien puede decirse que fué dilecto amigo de aquel insigne maestro.

«El Sr. don Miguel Francisco Jiménez, decía Licéaga, representaba el tipo del espíritu sano en un cuerpo sano: muy bien constituido físicamente, con su continente firme, su cuerpo robusto, su frente ancha, expresando su fisonomía la firmeza y la energía; casi adusto para las personas que no le eran familiares, pero amable y bondadoso con sus amigos y con sus clientes, muy especialmente con los enfermos del hospital; su semblante casi duro se convertía en amable y benévolo cuando estaba en el ejercicio de su profesión, que consideraba como un sacerdocio. Era metódico, sobrio y temperante, regular en sus costumbres, de inconmovible firmeza en sus principios religiosos, porque tenía la fe del creyente convencido. Era igualmente inconmovible en sus convicciones políticas y no había circunstancia alguna que le hiciera variar sus resoluciones en las cuestiones religiosas o políticas. Fué siempre el esclavo de su deber y consagró su vida al estudio tan completamente, que no se permitió la dulce satisfacción de formar un hogar y permaneció siempre célibe, consagrando todas sus energías que eran muy grandes, a la esmerada y cuidadosa asistencia de los enfermos y más tarde a la enseñanza.

«Su conducta como hombre privado y como médico fué siempre irrepachable.

«La rectitud y la firmeza del carácter del Sr. Jiménez no se desmintieron en ninguna circunstancia de su vida y durante su penosa y cruel enfermedad dió las más altas pruebas de su paciencia, de su serenidad, de la elevación de su espíritu y de su resignación cristiana —Los amigos que lo acompañamos hasta los últimos momentos de su vida, tuvimos al mismo tiempo que honda pena, el consuelo de contemplar la tranquilidad del hombre honrado, que ha cumplido con todos sus deberes y entrega apaciblemente su alma al Creador.» (17)

«Los escritos con que enriqueció a la ciencia fueron muchos: todos ellos marcados con el sello de la filosofía que bebió en el estudio de los hechos y de las ciencias de observación; todos ellos de un carácter esencialmente práctico y positivo sin mezcla de dogmatismo ni de rutina.» (18)

«Esos escritos se encuentran consignados en casi todas las páginas de la Gaceta Médica y de los demás periódicos de Medicina, ya sea por su propia pluma, ya por la de sus discípulos: todos más o menos directamente emanaban de su enseñanza clínica, que fué siempre un venero inagotable de ideas fecundas y prácticas.» (19)

«Su estudio minucioso y concienzudo sobre la fiebre exantemática de México, a la cual conservó el nombre vulgar de *tabardillo*, fué el resultado de un gran número de observaciones, que comenzó a recoger y analizar desde su entrada, como director de una sala en el hospital de San Juan de Dios, y que continuó en su clase de clínica. Los *Apuntes para la historia de la fiebre petequial o tabardillo, que reina en México*, serán siempre un modelo de perfecta sinceridad científica y del método de observación pura. Desde entonces (1846), es cuando data el conocimiento en México de este terrible azote en todos sus detalles y consecuencias, así como en las analogías y diferencias que tiene con la fiebre tifoidea....» (20)

Los abscesos hepáticos muy especialmente y en general todas las afecciones de la misma víscera fueron el objeto predilecto de sus investigaciones y de ellos hizo un estudio muy particular, llegando por el raciocinio, por la inducción y, sobre todo, por su profunda sagacidad, a la resolución de hondos problemas, que hasta entonces «habían ejercitado por mucho tiempo en vano la penetración de los médicos de todas las partes del mundo.» (21)

El determinó el tiempo y las circunstancias en que debían de abrirse los abscesos hepáticos, lo cual hasta entonces se había desconocido, y este hecho por sí sólo bastaría para hacerlo acreedor a la gratitud de la Humanidad entera.

«El fué quién vulgarizó en México y aún perfeccionó la auscultación y la percusión para la exploración de los enfermos, y en general todos los medios físicos de investigación.

«Por esos medios, en los que adquirió una destreza proverbial, el diagnóstico de las enfermedades de las pleuras y de las vías respiratorias, llegaron en él a una precisión matemática, pudiendo decirse que las paredes del tórax eran transparentes para él....» (22)

«No podría enumerar, sin fatigar vuestra atención, decía a sus cultísimos oyentes en solemne ocasión el Sr. Dr. Licéaga, las diversas enfermedades que fueron el objeto especial de sus estudios; pero no puedo pasar en silencio sus lecciones sobre: «El hidro-tórax», sobre las obstrucciones intestinales, causadas por la retención de materias en el ciego y en el colon ascendente; sobre el alcoholismo y tantas otras: en todas ellas demostró la finura de su observación, su excepcional habilidad para el exámen de los enfermos, el encadenamiento lógico de los hechos observados, que le conducían siempre con firmeza y seguridad al diagnóstico.

«El método positivo aplicado al estudio de los enfermos y los progresos que la Ciencia Médica le debió, hicieron con justicia que Barrera le llame el primer Clínico Mexicano.» (23)

Y para terminar este bosquejo biográfico tan imperfecto como obra de

mi mano; pero en la traza del cual he venido haciendo figurar de intento, porque así ponía de resalto a mi modo de ver las eminentes cualidades de Jiménez; he recurrido, digo, a la transcripción textual de citas, noticias, datos y hasta párrafos enteros de trabajos ajenos, es verdad, pero que encierran en sí, como preciado tesoro, los más elevados conceptos y los más sublimes pensamientos. Para terminar, pues, recorro una vez más a las propias palabras de Barreda, tomadas como se ha hecho en las transcripciones anteriores, del magnífico Elogio que de Jiménez hiciera aquel ilustre pensador.

«Todas las Academias, decía, todas las corporaciones científicas de la capital y de la República entera, se apresuraban a tener la honra de contarle entre sus miembros, así como también algunas del extranjero, y todas sacaban copioso y sólido fruto de esa adquisición.» (24)

Y como magnífico remate de este bosquejo, transcribo aquí, por último, las hermosas palabras con que el insigne Barreda da fin a su citado Elogio.

«A sus brillantes cualidades intelectuales, unía Jiménez una cabal pureza de intenciones, un deseo ardiente por el progreso de la Medicina, su ídolo predilecto; por la felicidad de su patria, a la que amaba hasta el delirio, hasta el extravío; una inquebrantable energía de carácter, un vigor moral a toda prueba, del cual las dió inconcusas en su última terrible enfermedad; un afecto nunca desmentido hacia su familia y hacia sus amigos, conservando inalterables muchas de sus relaciones de la infancia; una caridad sincera y sin ostentación; un conjunto, en fin, de todas las cualidades morales que pueden ennoblecer y hacer fecunda una inteligencia colosal..... Pedid más para la inmortalidad, y se os tachará, con razón, de injustos y de ciegos.

«¡Descansa en paz, Maestro venerado! ¡Descansa en paz, amigo sincero y leal! La Historia, en nombre de la Ciencia viene por nuestra mano a colocar sobre tus sienes la corona de la inmortalidad: tu nombre permanecerá siempre rodeado de la aureola de la verdadera gloria! Los progresos que te debimos permanecerán; la semilla que sembraste fructificará, y sus frutos aumentarán los timbres de tu gloria! ¡Descansa en paz: goza de tu recompensa!» (25.)

México, D. F., julio de 1928.

BIBLIOGRAFIA

Corona fúnebre que la Academia de Medicina de México consagra a la memoria del ilustre catedrático de clínica interna Dr. don Miguel F. Jiménez, que falleció el día 2 de abril de 1876.—Discurso de don Gabino Barreda.—Gaceta Médica.—1ª serie.—Tomo XI.—1876.

Discurso leído por el Sr. Dr. don Eduardo Licéaga en la solemnidad que celebró la Escuela N. de Medicina el 7 de marzo de 1914, al inaugurarse el aula "Miguel Jiménez".—Escrito en máquina (copia al carbón), en poder del Dr. Luis Troconis Alcalá.

«Elogio del Dr. Miguel Francisco Jiménez por el Dr. José Terrés».—Boletín de la Universidad Popular Mexicana.—Tomo III.

Edición especial del mismo Elogio dedicada a los estudiantes de Medicina por dicha Universidad Popular.—8vo. menor.—México.—Imprenta Victoria.—4a. de Victoria 92.—1918.

«Datos para la historia del Dr. Miguel Francisco Jiménez por el Dr. Everardo Landa».—Gaceta Médica.—Tomo LV.—México, enero-septiembre de 1921.

N O T A S

1. A la activa diligencia de nuestro estimable consocio el Sr. Dr. don Nicolás León, debemos el conocimiento de esta partida. Está publicada en el «Elogio del Dr. Miguel Francisco Jiménez por el Dr. José Terrés.»—Boletín de la Universidad Popular Mexicana.—Tomo III.—Además, la misma Universidad publicó una edición especial dedicada a los estudiantes de Medicina.—8vo. menor.—México.—Imprenta «Victoria».—4ª de Victoria 92. 1918.—Véase también «Gaceta Médica de México».—3ª serie.—Año de 1916, Tomo XI.—Páginas 363 a 372.

2. «Gaceta Médica».—1ª serie.—Tomo XI.—1876.—Núm. 9.—Corona fúnebre que la Academia de Medicina de México consagra a la memoria del ilustre catedrático de clínica interna Dr. don Miguel F. Jiménez, que falleció el día 2 de abril de 1876.—Discurso de don Gabino Barrera.—Pág. 205.

3. «Gaceta Médica».—Loc. cit.—Páginas 205 y 206.

4. Loc. cit.

5. «Gaceta Médica».—Tomo LV.—México, enero-septiembre de 1921. Núm. 1.—Pág. 414.—Datos para la historia del Dr. Miguel Francisco Jiménez por el Dr. Everardo Landa.

6. «Gaceta Médica».—1ª serie.—Tomo XI.—1876.—Pág. 206.

7. Loc. cit.

8. Loc. cit.

9. Loc. cit.—Pág. 207.

10. Loc. cit.

11. Loc. cit.—Páginas 208 y 209.

12. Loc. cit.

13. «Elogio del Dr. Miguel Francisco Jiménez por el Dr. José Terrés». Edición especial, pág. 12.
14. «Gaceta Médica».—1ª serie.—Tomo XI.—Páginas 145, 146, 161 y 162.—Acta de la Sesión del día 5 de abril de 1876.—Pág. 221.
15. Loc. Cit.
16. «Gaceta Médica».—Tomo LV.—México, enero-septiembre de 1921. Núm. 1.—Pág. 414.—Datos para la historia del Dr. Miguel Francisco Jiménez por el Dr. Everardo Landa.
17. Discurso leído por el Sr. Dr. don Eduardo Licéaga en la solemnidad que celebró la Escuela N. de Medicina el 7 de marzo de 1914, al inaugurarse el aula «Miguel Jiménez» —Escrito en máquina (copia al carbón) en poder del Dr. Luis Troconis Alcalá.
18. «Gaceta Médica».—1ª serie.—Tomo XI.—Pág. 209.
19. Loc. cit. Pág. 211.
20. Loc. cit. Pág. 209.
21. Loc. cit. Pág. 210.
22. Loc. cit. Pág. 211.
23. Discurso del Sr. Dr. don Eduardo Licéaga.
24. Loc. cit. «Gaceta Médica».—1ª serie.—Tomo XI.—Pág. 212.
25. Loc. cit. Pág. 212.